

Jorge Carrión

Javier Olivares

SHAKESPEARE &  
CERVANTES

Nørdicalibros

2018

© Del texto: Jorge Carrión  
© De las ilustraciones: Javier Olivares  
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.  
Avda. de la Aviación, 24, bajo P  
28054 Madrid  
Tlf: (+34) 917 055 057  
info@nordicalibros.com  
Primera edición: noviembre de 2018  
ISBN: 978-84-17281-79-3  
IBIC: FA  
Depósito Legal: M-35578-2018  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Gracel Asociados  
Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección  
y maquetación: Diego Moreno  
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y  
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Callados, solos y sin compañía,  
uno delante, otro detrás, andábamos como  
avanzan los frailes franciscanos».

DANTE ALIGHIERI

*Comedia*

[Traducción de José María Micó]

**E**n el primer círculo del Infierno, donde viven las almas de los no bautizados, Dante observa a cinco de los mayores autores clásicos de la Antigüedad. Homero, Horacio, Ovidio, Lucano y Virgilio conversan, apartados, a la sombra de unos árboles y de su propio prestigio. No están reunidos ahí por casualidad, sino porque Dante los considera sus maestros. Ego tremendo, el autor de esa *Comedia* que rápidamente se convirtió en *Divina* da un paso al frente, se une a ellos,

es recibido como uno más y escribe: «Y así, entre tanto ingenio, yo fui el sexto».

Al mismo tiempo que construye la tradición que más le interesa, se sitúa en ella. Dante articula un canon, lo invade, se incorpora a él. Todos los escritores que importan lo han hecho de un modo u otro. Crear una genealogía para pertenecer a ella, ser su último exponente, quien podría pasar el testigo de esa tradición al lector futuro.

Borges dedicó dos de sus mejores cuentos precisamente a dos de esos seis maestros antiguos. Ambos relatos fueron incluidos en el volumen *El Aleph* de 1949. «El inmortal» habla de un Homero



que no ha dejado de caminar desde que recitara sus poemas épicos, también inmortales; y «El Aleph» puede leerse como una versión muy libre de *El Infierno*, con su Beatriz muerta y su Borges enamorado y esas escaleras que descienden hacia el sótano donde se encuentra el panóptico absoluto, la mirada de Dios, el Aleph infernal y divino, que por supuesto no podría estar en otra ciudad que no fuera Buenos Aires (y que, por supuesto, ya había sido prefigurado en un pasaje de *Hamlet*, según el epígrafe que abre las puertas del cuento y del averno).

Sendos homenajes, sendas apropiaciones de dos grandes maestros antiguos,

se completan con otra pareja de relatos, los que hacen referencia directa a los dos grandes maestros modernos. «Pierre Menard, autor del *Quijote*» es la estratosférica relectura borgeana de la herencia de Cervantes, publicada en 1939 en el libro *El jardín de senderos que se bifurcan*. Y «La memoria de Shakespeare», que comienza con alguien que acepta la memoria del autor de *Macbeth* y acaba con una llamada telefónica y una oferta que nadie podría rechazar («¿Quieres la memoria de Shakespeare?»), es decir, que habla de la transmisión de la cultura en el marco del conflicto entre memoria personal y memoria ajena o incluso artificial, es su



memorable despedida del Bardo Inglés. Se trata del último cuento de Borges: lo publicó en 1983 junto con otros textos en un volumen con el mismo título, tres años antes de su muerte en Ginebra.

¿Póquer de ases? Homero, Dante, Cervantes y Shakespeare están presentes también en muchos otros textos, igual de importantes o de relevancia menor, en conferencias y cartas y poemas borgeanos. Entre tan grandes sabios, el quinto fue Borges.

Comencé a tomar las notas sobre esas cuestiones que ahora convierto en este texto hace exactamente veinte años, cuando era alumno del curso «Literatura



de tradición europea», que impartía José María Micó en la facultad de humanidades de la Universidad Pompeu Fabra, que era entonces más joven de lo que soy yo ahora. Conservo de aquellas semanas un folio suelto con citas transcritas a mano de otro cuento de Borges que no he encontrado en sus *Obras completas* ni en sus *Textos recobrados*. Se titula, según parece, «Los otros dos» y —a juzgar por los pasajes que copié y por los apuntes que tomé cuando era un joven irreverente y universitario— podría ser leído como la vuelta de tuerca a esa apropiación en cuatro fases de las grandes poéticas del canon universal. Es

decir, como la carta que completa la escalera de color.

En las primeras líneas de «Los otros dos», Borges evoca aquel momento inicial de *Romeo y Julieta*, cuando los jóvenes flirtean pronunciando, por turnos, los cuartetos de un soneto, las palabras convirtiéndose en besos y caricias, la voz que toca como las manos. En ese momento, dice el escritor argentino, Shakespeare no solo le da voz a la mujer amada, tradicionalmente silenciosa y pasiva, sino que también hace común un modo de seducción. Los jóvenes de entonces comenzaron a repetir los versos de sus héroes adolescentes, a imitarlos. Algunos fueron

más allá, incluso, de la reproducción de las palabras, y copiaron también el veneno y el suicidio. No es el único ejemplo, ni mucho menos, de cómo la obra del autor de *La tempestad* penetró las capas cutáneas —más porosas de lo que parece— de la realidad. En 1601, recuerda también Borges, hubo un intento de rebelión en Londres y los conspiradores pagaron para que la víspera de la fecha elegida se representara *Ricardo II*, un drama que habla justamente de un destronamiento, para calentar los ánimos y empujar a la masa hacia la sublevación. Los clásicos, prosigue el narrador, ignoran la frontera que teóricamente separa el texto de la